

REFLEXIONES COVID-19

LA MIRADA DE LAS FACULTADES

Ciencias Geológicas



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

POR JAVIER MARTÍN CHIVELET

VICEDECANO DE INVESTIGACIÓN
DEPARTAMENTO DE GEODINÁMICA, ESTRATIGRAFÍA Y PALEONTOLOGÍA

TRIBUNA COMPLUTENSE

GABINETE DE COMUNICACIÓN

LA TIERRA Y LA NUEVA NORMALIDAD

Tristemente, la pandemia de Covid-19 se está llevando innumerables vidas y está dejando a su paso un desolador paisaje social y económico. Aún tendremos que esperar años para poder analizar los cambios que conlleva y sus profundas consecuencias, y así poder valorar la magnitud de la crisis.

Una crisis es un proceso complejo que, sin embargo, puede resumirse en la concurrencia de dos elementos. El primero es el desencadenamiento en un momento dado de una contingencia (o varias), de origen natural o antrópico. El segundo es la existencia de un colectivo o un sistema para el cual la contingencia supone una gran amenaza. Las crisis que generan mayores cambios son aquellas en las que se suma una contingencia de alta intensidad, y un sistema muy vulnerable y poco resiliente.

Cuando la crisis tiene extensión planetaria decimos que es global, aunque sólo afecte a un colectivo o sistema determinado, y los cambios que conlleva suelen ser profundos. Tras desencadenarse la contingencia y producirse los daños, existe un periodo de recuperación en el que estos ya no se producen pero las consecuencias perduran. En ese tiempo necesariamente se estructura una realidad diferente a la que existía antes de la crisis. Las mayores crisis que conocemos se produjeron en momentos muy concretos de la historia de la Tierra. Grandes contingencias como cambios abruptos en el clima global o el impacto de grandes meteoritos, indujeron las mayores crisis en la Vida, con enormes cambios ambientales, dramáticas extinciones masivas y largos periodos de recuperación en los que nuevas especies poblaron los ecosistemas. También las crisis fueron determinantes en la historia de la Humanidad. Un ejemplo muy ilustrativo es la crisis que produjo la aridificación del Sahara hace unos 5.500 años, la cual provocó escasez de recursos e indujo los cambios sociales que derivaron el nacimiento de la civilización. Otro buen ejemplo es la pandemia de la peste negra en el siglo XIV, que arrasó durante casi un siglo a una Europa tardimedieval muy vulnerable, y que abrió posteriormente las puertas al Renacimiento. Ejemplos más recientes los encontramos en las guerras mundiales del siglo XX, con muchos puntos en común en cuanto a la contingencia, pero con periodos de recuperación con implicaciones socioeconómicas muy diferentes.

La pandemia de Covid-19 ha puesto en evidencia la enorme vulnerabilidad y también la bajísima resiliencia de nuestro sistema social, que sin embargo suele ser descrito como muy avanzado por llevar asociado un crecimiento económico global portentoso. Pero nos olvidamos de los grandes problemas que lo afectan, como superpoblación, fuerte desigualdad, agotamiento de recursos básicos, alteración medioambiental, extrema pobreza, inseguridad o precaria sanidad universal. Este sistema, basado en una explotación poco racional de la naturaleza y de las personas, permite que la economía mundial crezca como nunca, pero no se ocupa del planeta ni de los seres que lo habitamos, cuya vulnerabilidad crece en igual proporción.

En distintos foros de decisión se trabaja en el “retorno a la nueva normalidad”, un objetivo paradójico en sí mismo, porque no es posible volver a algo nuevo, que no ha existido nunca. Pero a la frase hay que reconocerle el mérito de aunar, en muy pocas palabras, el deseo colectivo de dejar atrás la pandemia y la necesidad de aceptar que muchas cosas no serán ya como antes y por tanto, serán nuevas. Estos dos aspectos, desde cualquier enfoque, incluido el planetario, abren enormes espacios de oportunidad pero también incertidumbre.

El periodo de recuperación de la crisis debe permitir alcanzar acuerdos internacionales de gran calado, comparables a los que siguieron a la segunda guerra mundial (fundación de la ONU, Plan Marshall) y permitieron el reconocimiento de los derechos humanos y propiciaron un prolongado periodo con la paz y la estabilidad que no se dieron por el contrario tras la primera guerra mundial. Esos acuerdos que deben ahora tomarse han de estar basados en la solidaridad, en alternativas al actual sistema económico no sostenible, y en la protección del planeta y sus habitantes, incluyendo una explotación razonable y equitativa de los recursos naturales.

Pero también es esperable que el periodo de recuperación venga marcado por políticas obsesivas en volver a la situación pre-pandemia e intentar recobrar el pulso económico cuanto antes en cada país o región. Trabajar contrarreloj y con una meta que no admite discusión puede conducir a la relajación de las políticas de protección y recuperación medioambiental. Y ello conlleva enormes riesgos de volver al pasado, con aspectos como la explotación irracional de los recursos y las fuentes

de energía, la actividad industrial no sostenible, o la modificación de los sistemas naturales en aras de un beneficio a corto plazo. El retorno a esa “normalidad” superada hace años no es deseable, y afectaría tremendamente a un planeta ya fuertemente modificado y vulnerable.

Los cambios que se produzcan en el periodo de recuperación que ahora se inicia deberán por el contrario disminuir nuestra vulnerabilidad frente a futuras amenazas e incrementar nuestra resiliencia. También deberán ir enfocados a la reducción o eliminación de potenciales amenazas mediante la mitigación de los factores desencadenantes de contingencias.

La dureza de la pandemia actual no puede hacernos olvidar la gran amenaza que aguarda a la humanidad a corto plazo, que es el cambio climático. Se me hace muy incómodo hablar de una futura crisis global, que mucha gente considera “hipotética”, cuando no hemos salido aún de la actual. Tengo claro que lo primordial ahora sigue siendo la lucha contra el coronavirus, pero los mensajes recibidos de la actual crisis son ya muy nítidos y preocupantes y no podemos dejarlos de lado ni siquiera por poco tiempo. El Covid-19 ha certificado nuestra enorme vulnerabilidad y, desgraciadamente, conocemos muy bien la amenaza que nos acecha a la vuelta de la esquina.

Este periodo de recuperación de la crisis debe llevarnos a una “nueva normalidad” en la que prime la armonía entre la Tierra y la Humanidad. Suena utópico pero trabajar en ese sentido es el único camino posible y ahora existe la oportunidad de avanzar. Cualquier paso adelante en este sentido será el rédito que podemos sacar de esta desgraciada crisis. La nueva normalidad debe conllevar, de una vez por todas, la mitigación eficaz de las amenazas del cambio climático, a través de la disminución de emisiones antrópicas de gases invernadero a la atmósfera y de otras acciones que la ciencia ya conoce y puede implementar. Y todo acompañado de la potenciación de energías alternativas, como la eólica, la solar y la geotérmica.

[Se ha hablado mucho de la reducción de emisiones durante el confinamiento, lo que ha podido generar la falsa idea de lo fácil que es revertir la situación climática. Desgraciadamente la reducción

de emisiones durante la crisis del Covid-19 será demasiado puntual como para notarse en la concentración atmosférica de los gases acumulados durante décadas, y este año volveremos a alcanzar valores máximos.]

También debemos reducir nuestra vulnerabilidad a los efectos adversos del cambio climático. Debemos incrementar nuestras acciones de adaptación a contingencias que incrementan su intensidad y suponen un peligro creciente, como es el caso de las sequías, las lluvias torrenciales, o las olas de calor en nuestro país, o la disponibilidad de recursos hídricos a nivel mundial.

Como ciudadanos no involucrados directamente en la lucha sanitaria contra la Covid-19 nos toca reconocer y agradecer profundamente la extraordinaria labor de nuestros conciudadanos que sí están en el frente de acción. Como universitarios y científicos, nos corresponde además participar activamente en otra lucha paralela: la de conseguir, con el apoyo de la ciencia y el conocimiento sobre nuestro planeta, que la crisis de la Covid-19 no sea una muestra de lo que les tocará vivir a las generaciones futuras.